

entusiasta, en la ciudad predilecta de CERVANTES, en Nápoles la bella, á quien él mismo llama, en una de sus NOVELAS EJEMPLARES, *ciudad, á su parecer, y al de todos cuantos la han visto, la mejor de Europa, y aun de todo el mundo.*¹ Pero, de cualquier modo que el caso aconteciera, es lo cierto que los Argensolas, al partir, hubieron de tranquilizar á su amigo ofreciéndole mirar por sus adelantos, á cuyo fin interpondrían sus buenos oficios con el virey. Mas como la ausencia hace desmemoriados, es muy posible que los Argensolas, ya que no indispusieran á CERVANTES con su protector, como tal vez llegó aquel á sospechar, por lo menos dieran algun tanto al olvido las galanas promesas con que en Madrid entretuvieran sus esperanzas. Véase con cuánta delicadeza alude á todo esto el númen nunca mancillado de CERVANTES, en su *Viaje al Parnaso*, donde, suponiendo que va embarcado con Mercurio, dice al dar vista á Nápoles:

“Vióse la pesadumbre sin fatiga
De la bella Parténope, sentada
Á la orilla del mar, que sus piés liga.
De castillos y torres coronada,
Por fuerte y por hermosa en igual grado
Tenida y conocida y estimada.
Mandóme el del aligero calzado
Que me aprestase y fuese luego á tierra
Á dar á los Lupercios un recado,
En que les diese cuenta de la guerra
Temida, y que á venir les persuadiese
Al duro y fiero asalto, al ¡*cierra, cierra!*
—Señor, le respondí: si acaso hubiese
Otro que la embajada les llevase,
Que mas grato á los dos hermanos fuese
Que yo no soy, sé bien que negociase
Mejor.— Dijo Mercurio: No te entiendo,
Y has de ir antes que el tiempo mas se pase.—
Que no me han de escuchar estoy temiendo,
Le repliqué; y así el ir yo no importa,
Puesto que en todo obedecer pretendo:

¹ El Licenciado Vidriera.

Que no sé quién me dice y quién me exhorta
Que tienen para mí, á lo que imagino,
La voluntad, como la vista, corta.
Que si esto así no fuera, este camino
Con tan pobre recámara no hiciera,
Ni diera en un tan hondo desatino:
Pues si alguna promesa se cumpliera
De aquellas muchas que al partir me hicieron,
Lléveme Dios si entrara en tu galera.
Mucho esperé, si mucho prometieron:
Mas podrá ser que ocupaciones nuevas
Les obligue á olvidar lo que dijeron.”

Mas esos desahogos poéticos, antes manifiestan las quejas de una amistad no alterada, á pesar de las causas que las motivan, que el resentimiento ni la envidia. Y aun, por si alguna duda pudiera haber sobre esto, no parece sino que el mismo CERVANTES quiso desvanecerlas cuando, entre las nueve coronas destinadas á otros tantos poetas laureados por Apolo, en el capítulo VIII de la misma obra, dice:

“Tres, á mi parecer de las mas bellas,
Á Parténope sé que se enviaron,
Y fué Mercurio el que partió con ellas.”

Lo cual quiere decir que enviaba á Nápoles, por este mensajero de los dioses, una corona para el conde de Lemos, y otra para cada uno de los Argensolas.

Algo parecido á esto aconteció con Lope de Vega, con quien suponen algunos sumamente enemistado á CERVANTES, á punto de que mediaran de uno para otro satirillas menguadas, de que daríamos aquí alguna muestra si no traspasasen los límites de la decencia, sobre todo un soneto atribuido á Lope. Todo ello, sin embargo, no está suficientemente depurado, máxime cuando los mas sagaces críticos aseguran que tales libelos literarios están muy lejos de haber brotado de las felices plumas de nuestros dos mas reputados ingenios, en la prosa el primero, y el segundo en la poesía dramática. Lo positivo es que ambos recíprocamente se elogiaron en sus obras, si bien en estos encomios recíprocos llevó mas allá su largueza el siempre generoso CERVANTES. Trato ó amistad no consta que tuviesen, sin embargo de que recientemente el Sr. Capmany y Montpalau, en su *Biografía*

de *San Miguel de los Santos*, nos ha trasmitido una anécdota en que figuran aquellos dos celeberrimos escritores, y que no sabemos de dónde la habrá tomado para presentarla como suceso verdaderamente acaecido. La referiremos en breves palabras. Siendo novicio Fray Miguel de los Santos, recién venido de Pamplona á Madrid, llevóle consigo el beato Fray Juan Bautista de la Concepcion al beaterio de la calle del Meson de Paredes, donde estaban la jóven Isabel, hija natural de CERVANTES, y la de Lope de Vega. Los dos religiosos llegaron á la sazón en que se hallaban allí los dos ingenios. Entablada conversacion entre beatas, frailes y poetas, hubo CERVANTES de fijarse en su tocayo el novicio; y recordando que en el reinado anterior habia sufrido la pena de horca, en la Plaza Mayor, un religioso agustino llamado tambien Fray Miguel de los Santos, por la parte que tuvo en la ruidosa impostura del pastelero de Madrigal, — "Cuidado, le dijo, no vayáis á imitar á vuestro homónimo en la travesura." Á lo cual repuso Lope de Vega: "Ni á MIGUEL DE CERVANTES en las suyas;" lanzando, al decir esto, fugitiva mirada sobre la jóven Isabel de Saavedra y su madre, de quien cuenta la fama que tomó tambien el hábito de trinitaria descalza en el mismo convento que su hija. Esta relacion, á ser verdadera, probaria que CERVANTES y Lope se trataban con franca amistad, confirmando asimismo la opinion de que el primero habia sido por demás travieso y dado á las aventuras en su juventud. Don Vicente García de la Huerta, en su *Seccion Crítica*, impresa en 1786, haciéndose eco del malaventurado Avellaneda aseguró que CERVANTES era un rival envidioso de Lope, cuya idea han rechazado con energía los autores mas respetables que tratan este punto, entre otros el señor Navarrete y M. Ticknor. Nosotros creemos que no existieron entre ambos relaciones sociales, y menos, por consiguiente, trato de amistad. Los talentos de ambos eran colosales, cada uno en su línea, aunque mucho mas profundo el de CERVANTES; y, sin embargo, la caprichosa fortuna parecia haberse complacido en colocarlos en los polos opuestos de su esfera: á Lope, sublimándole á la region mas alta de la dicha; á CERVANTES, sumiéndole en la mas honda sima de la desgracia. Lope, deslumbrado por su inmensa popularidad, creeria no hacer poco con dejar caer desde su elevado asiento, en favor del humilde CERVANTES, este campanudo elogio que se encuentra en su *Laurel de Apolo*:

"En la batalla donde el rayo austrino,
Hijo inmortal del Águila famosa,
Ganó las hojas del laurel divino
Al rey del Asia en la campaña undosa,

La fortuna envidiosa

Hirió la mano de MIGUEL CERVANTES;
Pero su ingenio, en versos de diamantes
Los del plomo volvió con tanta gloria,
Que por dulces, sonoros y elegantes
Dieron eternidad á su memoria:
Por que se diga que una mano herida
Pudo dar á su dueño eterna vida."

CERVANTES, por su parte, tampoco se habia quedado corto en sus elogios á Lope de Vega. Publicó este, en 1602, la tercera edicion de su *Dragontea*, poema encaminado á anatematizar la memoria del temido pirata inglés Francisco Drake; y en alabanza del autor y de la obra, entre las poesías laudatorias estampadas al frente de la misma, figura el nombre de CERVANTES á la cabeza de este

SONETO.

"Yace en la parte que es mejor de España
Una apacible y siempre verde *Vega*,
Á quien Apolo su favor no niega,
Pues con las aguas de Helicon la baña.
Júpiter, labrador por grande hazaña,
Su ciencia toda en cultivarla entrega;
Cilenio alegre en ella se sosiega;
Minerva eternamente la acompaña.
Las Musas su Parnaso en ella han hecho;
Vénus honesta, en ella aumenta y cria
La santa multitud de los amores:
Y así, con gusto y general provecho,
Nuevos frutos ofrece cada dia
De ángeles, de armas, santos y pastores."

Pudo muy bien suceder que, los poetas y escritores que giraban en derredor de astros tan resplandecientes, intentaran alguna vez empañar sus luces sembrando rencillas entre los adeptos de cada uno, para lo que parecian ofrecer coyuntura propicia las juiciosas observaciones que CERVANTES hizo en algunas de sus obras contra el arte nuevo de componer comedias, es decir, contra el *desarreglado*